



Relat guanyador del

VII concurs de narrativa breu amb enfocament de gènere Isabel de Villena

Categoria de 14 a 17 anys

**'LA CUESTA'**

**de JULIA DÍAZ PERIS**

Estaba montada en mi bicicleta plateada pedaleando con más entusiasmo que nunca. Visualicé la cuesta que conducía hacia mi casa, ese era mi objetivo. Tenía ocho años. Me iba acercando poco a poco concentrada en conseguir llegar a la cima de esa pendiente sin bajarme del sillín. Mi hermano mellizo iba por delante, él tenía el mismo propósito que yo. Comencé a subir la rampa. Las encías que mostraba en mi enorme sonrisa se me secaban del aire que inspiraba con ansia, ansia de lograr esa meta. Estaba llegando a la mitad de mi trayecto, cuando mi padre que estaba animando a mi hermano, me gritó varias veces: ¡Celia, Celia, baja y ve con la mamá! Me quedé muy desconcertada, mi madre nos seguía caminando. Me giré y la vi haciéndome gestos para que fuera con ella caminando. Yo quería subir en bicicleta como mi hermano, pero a pesar de mis deseos, fui obediente y continué el camino junto a mi madre.

Aquella noche no paraba de darle vueltas al asunto. Estaba muy cansada y ya recostada en la cama cuando caí en un profundo sueño.

Era una sala perfectamente pentagonal, de paredes grises con un suelo de cemento y sin tejado. Cuando mirabas al techo, se veía solamente nubes, ni un solo hueco de azul cielo. No había ni espejos, ni sillas, ni lámparas... ningún bártulo. Mucha luminosidad, eso sí había. Yo estaba fuera del recinto, detrás de una de las cinco paredes. Esta era de cristal, por eso veía el interior. Me dispuse a entrar, no había puertas, solo tenía que atravesarla. Avancé el pie izquierdo y a continuación el derecho. Estaba dentro. La pared por la cual había entrado se había vuelto opaca y me fijé que una mujer de 87 años aproximadamente estaba de pie con su cachava. Esta me exclamó: ¡Buenas jovencita! Era de ojos oscuros, con el pelo canoso y bastantes arrugas. Llevaba deportivas y un suéter hecho a mano en tonos azules. Era vasca. Hola – dije un poco extrañada. ¿Qué es esto? ¿Qué hago aquí? – continué. Ella clavada en el suelo me insinuó que me acercara si quería respuestas. Eso hice, con tres zancadas ya estaba lo suficientemente cerca para advertir que tenía una extensa cicatriz en el lateral izquierdo del cuello. ¿Qué te ha pasado hija? – prosiguió la anciana. ¿A mí? ¿Qué me iba a pasar? – pregunté desconcertada. La vasca siguió conversando – Has llegado por el portal de la discriminación social, ¿te han juzgado porque te gusta el color azul y te debería gustar el rosa? ¿Te han cohibido de hacer algo que se supone que no es comportamiento de una señorita? ¿O acaso te han dicho que no deberías enseñar tanto las piernas? – No tenía ni idea de a que venían esas preguntas, solo tenía ocho años. Mientras me reconcomía por dentro en cómo responder a esa curiosa mujer, me acordé de lo que me había pasado aquella mañana mientras iba montada en mi bicicleta plateada. Le conté lo sucedido. Cuando acabé mi relato se me quedó mirando. Tenía una mirada sabia, dura, llena de experiencias. Suspiró. – Supongo que te habrás fijado en esta cicatriz. – Dijo señalándose el cuello – Tuve un novio a eso de los 27 años. Por entonces todas mis compañeras de la infancia ya estaban casadas y estaba muy mal visto estar soltera. Me dejé influenciar por mi familia y sociedad de que necesitaba una pareja para pasar el resto de mi vida junto a ella. Así que conocí a Xabier. Hija, no era mala persona. Con el paso de los años nos casamos y comenzó a tratarme como si fuera inferior a él. Decía que me tenía que comportar como la mujer que era y eso intentaba yo. Me di cuenta de que las mujeres que me rodeaban vivían la misma situación, era algo común. Y un día... me revelé. Preparé las maletas, fui al salón y le espeté todo aquello que había retenido en mi interior durante seis años junto a él. ¡Fue tal liberación! Ni te lo imaginas jovencita, ni te lo imaginas. – Su voz resonaba

de forma desahogada – En ese momento mi marido tenía en sus manos una jarra de cerámica con vino, yo di media vuelta dispuesta a marchar y este me lanzó la vasija con la furia de un ciclón. La cerámica se quebró en varios trozos mientras desgarraba mi fina piel. Fui directa al hospital y denuncié a esa miseria de hombre.

Permanecí muda tras escuchar con detalle esa terrible historia. La anciana se dio cuenta de la preocupación que me supuso el relato, me cogió la mano y me susurró: No te preocupes, se puede evitar y se conseguirá. Cerramos los ojos a la vez y después de contar hasta tres los abrí. Me quedé pasmada. Una multitud de gentío apareció en la sala. Aunque la habitación no era muy grande, habría millones de personas. Eran mujeres, mujeres de todas las edades. Mujeres de diversos países. Mujeres esbeltas, mujeres gordas. Cinco paredes, cinco portales, cinco clases de violencias no equitativas – dijo mi amiga de 87 años y especificó. – Violencia social, violencia económica, violencia psíquica, violencia física y violencia sexual. – Todas esas mujeres habían sufrido abusos de diferentes maneras, ¡y eran tantas! Las últimas palabras de esperanza dichas por la anciana que me había acompañado toda esa estancia, resonaban en mi cabeza: se conseguirá...

Celia... despierta... vístete, desayuna y prepárate. Estaba montada en mi bicicleta plateada e iba a toda velocidad. Esta vez iba a subir la cuesta. Vi la intención de mi padre.

- ¡No papá! Quiero y voy a llegar al final de esta pendiente al igual que haría mi hermano.